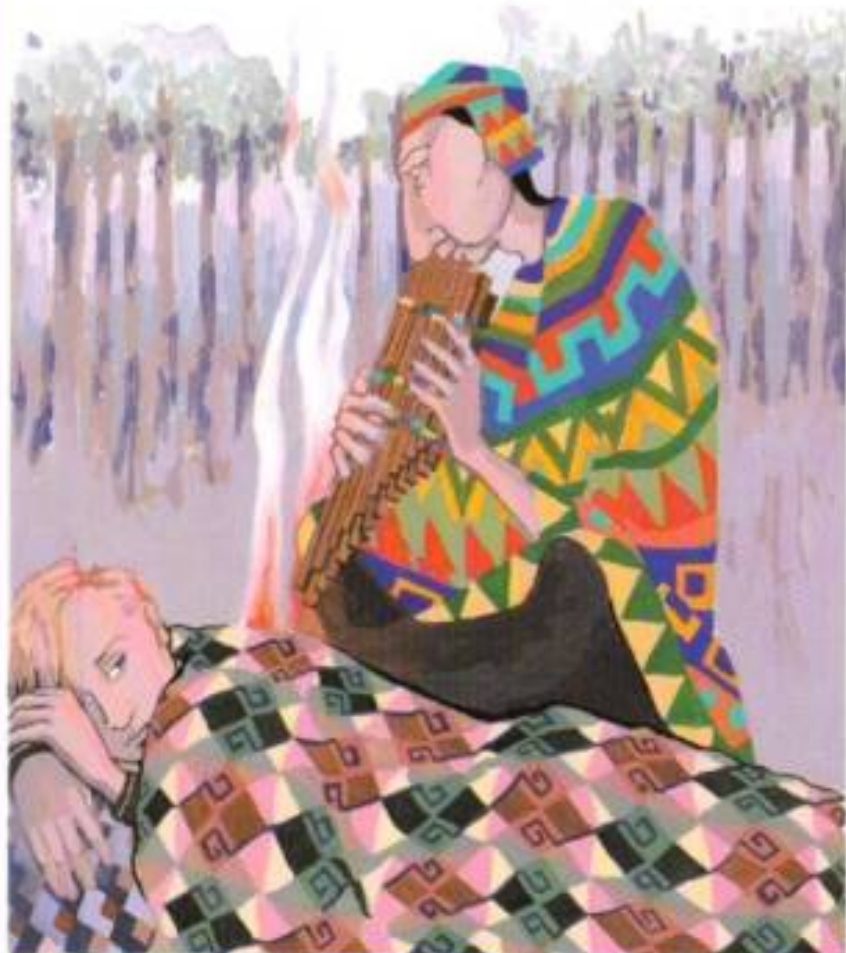


ala delta

Mariano VARA

LA DIOSA NEGRA



Un chico viaja a Perú en compañía de sus padres. En Machu Picchu se queda solo y, de manera misteriosa, es trasladado a una ciudad secreta de los incas. Sus habitantes siguen viviendo de acuerdo con las viejas costumbres y conservan aún su dignidad y parte de su esplendor.

Mariano Vara estudió Arte Dramático y Ciencias de la Información, dedicándose al trabajo en los medios de comunicación. Su labor en este campo fue recompensada por el *Premio Nacional de Periodismo*.

Índice de contenido

Cubierta

La diosa negra

Prefacio

A modo de prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

En este libro se mencionan lugares reales y hechos históricos; se habla de tradiciones, fiestas, costumbres que existen o existieron. Téngase en cuenta, sin embargo, que todo ello se ha tratado con la libertad propia de una obra de ficción.

A modo de prólogo

DICE una vieja leyenda inca: *Nuestro padre el Sol, viendo cómo vivían los hombres, se apiadó de ellos. Entonces envió del cielo a la tierra un hijo y una hija suyos para que los adoctrinasen en su conocimiento y les enseñasen a vivir como hombres de razón y urbanidad; a habitar en casas y pueblos, a labrar las tierras, a cultivar las plantas, a criar los ganados y a gozar de esos bienes como seres racionales, y no como bestias.*

Con esta orden puso nuestro padre el Sol a sus hijos en el lago Titicaca y les dijo que fuesen por donde quisiesen, y parasen a comer y a dormir.

Como señal y muestra de su mandato, les entregó una varilla de oro y les dijo que procurasen clavarla en el suelo. Allí donde se hundiese con un solo golpe, quería nuestro padre el Sol que se detuviesen y edificasen una ciudad.

También les dijo:

—Cuando os hayáis asentado, mantendréis a los hombres en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre. Tendréis que hacer oficio de padres piadosos, a imitación y semejanza mía, que a todos hago bien; les doy mi luz y claridad para que vean, los caliento cuando hace frío, crío sus pastos, hago fructificar sus árboles y multiplico sus ganados. Cuido de los hombres y de las cosas de los hombres; y tengo cuidado de dar cada día una vuelta por el mundo para ver las necesidades que en la tierra se ofrecen.

»Quiero que vosotros imitéis este ejemplo como hijos míos, y os nombro reyes de todas las gentes que adoctrinéis con vuestras buenas obras, razones y gobierno.

Nuestro padre despidió a sus hijos. Ellos salieron del lago Titicaca y caminaron hacia el norte. En todos los lugares donde paraban intentaban clavar la varilla de oro, pero nunca se les hundió. Así entraron en una venta que hoy llaman Pacárec Tampu, que quiere decir «dormida que amanece». Le puso este nombre el Inca, porque salió de aquel lugar al tiempo que amanecía.

Se detuvieron en un cerro llamado Huanacaure. Allí procuraron hincar la varilla de oro, y ésta se hundió en el suelo con mucha facilidad. Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer:

–Nuestro padre el Sol manda que paremos y hagamos nuestro asiento y morada en este valle. Por tanto, reina y hermana, conviene que cada uno vaya por su parte a convocar y atraer a las gentes, para adoctrinarlas y hacer el bien que nuestro padre el Sol manda.



El príncipe fue hacia el norte y la princesa hacia el sur. Viendo a aquellas personas vestidas y adornadas con ornamentos que nuestro padre el Sol les había dado, las gentes se maravillaron por las promesas que les hacían, y dieron crédito a todo lo que les dijeron. Unos a otros se contaban las maravillas que habían visto y oído, y se juntaron en gran número. Los príncipes, viendo la mucha gente que se les

allegaba, dieron orden de que unos se ocupasen en obtener comida para todos y otros trabajasen haciendo casas y chozas. De esta manera nació una ciudad que vino a ser el centro de un gran imperio. A esta ciudad llamaron Cusco, que quiere decir «ombligo del mundo».

CON frecuencia me despierto sobresaltado. Intento volver a dormir, pero no me queda otro remedio que esperar, con los ojos abiertos, la llegada de las primeras luces de la mañana. A esas horas, mi madre ya ha preparado el desayuno. Procuro disimular mi agotamiento abriendo mucho los ojos, comiendo las tostadas a toda prisa, y recogiendo con rapidez los cuadernos y los libros del colegio. Temo que pregunte si me sucede algo, porque tendría que contarle mis pesadillas. Bueno, en realidad tendría que decir «mi pesadilla», puesto que siempre es la misma: voy andando por un camino de piedra que conduce a una plaza, también de piedra. El calor me sofoca. De repente, el cielo se abre y aparece algo semejante a un gran cuchillo dorado de punta redondeada, que corta las escasas nubes como si fueran de mantequilla blanda. El miedo hace temblar mis piernas y siento que voy a desmayarme de un momento a otro. Finalmente, el gran cuchillo dorado se dirige hacia un cuerpo desnudo que yace sobre una losa de piedra. Brota algo que parece sangre. Entonces despierto sobresaltado, con el cuerpo lleno de sudor.

Ningún elemento del sueño me es extraño; tengo la sensación de que forma parte de una historia de la que ignoro incluso si pertenece a la realidad o al mundo de mi fantasía.

* * *

Todo comenzó al final del verano. Aquella tarde de septiembre todos estábamos especialmente contentos. Al fin, mi madre iba a hacer realidad uno de sus sueños de juventud: viajar al Perú. Mi padre había coleccionado casi

media maleta de folletos y libros de viajes: podría decir que conocía aquel país como si lo hubiera recorrido de cabo a rabo. Yo también tenía mis motivos para la alegría: nunca había subido en avión ni viajado al extranjero.

Hacer las maletas fue todo un rito, y mi madre, siempre tan minuciosa, no paraba de pensar en qué se nos podría haber olvidado. Desde Zaragoza, donde vivimos, nos desplazamos en tren a Madrid. En el aeropuerto de Barajas sentí cierta emoción cuando los altavoces anunciaron el vuelo de Iberia número 922, con destino a San Juan de Puerto Rico, Quito y Lima.

Nunca hubiera podido imaginar que el avión fuera tan grande por dentro. Por un error en las reservas nos habían dado asientos separados. Mis padres, juntos para poder seguir discutiendo. Yo, tres filas atrás, al lado del pasillo, junto a un misionero de larguísima barba blanca, que vivía en San Lorenzo, muy cerca del Amazonas. Creo que debí de caerle bien, porque enseguida empezó a contarme cosas y más cosas de la selva. Lo malo fue que, cuando más preguntas tenía almacenadas en mi cabeza, el misionero comenzó a espaciar sus frases y a bostezar. Segundos más tarde dormía plácidamente. Yo no tenía sueño y me hubiera gustado estar sentado junto a una ventanilla. Aunque daba igual. Era de noche y el cielo sólo una mancha negra, que unas luces intermitentes, situadas en los extremos de las alas de la aeronave, salpicaban de rojo.

MIS padres no juzgaron interesante la ciudad de Lima y tenían razón. Dimos unas vueltas por la plaza de Armas y después, por una calle peatonal repleta de mendigos, llegamos a la plaza de San Martín, curiosa por sus edificios pintados de color rojizo. Me llamó la atención la pobreza de muchas personas, sobre todo niños harapientos que se nos colgaban de la ropa y no pedían limosna, sino «una propinita» para comer. Con frecuencia, esos niños nos llamaban «gringos», sin duda confundiéndonos con viajeros o turistas norteamericanos.

Por la tarde estuvimos en el Museo del Oro, situado muy lejos del centro de la ciudad. Atravesé el umbral con emoción. Tal vez hubiera visto un montón de películas, y leído un sinfín de relatos épicos acerca de la conquista española y de los indios que vivían allá desde mucho antes que Colón llegase al Nuevo Mundo. Esas películas y esas historias me habían hecho pensar en un salvajismo atroz, en sacrificios humanos, y en una barbarie de la que sólo pudieron salir gracias a los españoles.

Sin embargo, los ídolos de oro, los collares labrados de la forma más exquisita, los vasos de plata y de oro, incluso los juguetes más insignificantes, me hicieron cambiar de opinión: unas gentes capaces de hacer cosas tan bellas no podían ser incivilizadas. Mis padres discutían sobre la cultura, sobre la religión, sobre no sé qué imperios... Yo sólo miraba embelesado las vitrinas, ni siquiera leía las cartelas que aparecían junto a los objetos. Todo era demasiado hermoso como para despistarme leyendo fechas y nombres de lugares que nada me decían.

Al día siguiente fuimos al Cusco. Mis padres, los libros y los mapas decían Cuzco, con zeta. Sin embargo, en la avenida del Sol, un gran plano hecho de mosaicos decía «el Cusco», y de esta forma se referían a la ciudad todos los habitantes del Perú. Me encontraba verdaderamente a gusto en esa ciudad bellísima, rodeada de montes de color pardo. Sin embargo, al día siguiente, mis padres decidieron partir hacia Aguas Calientes, un pueblo muy pequeño situado en las estribaciones del Machu Picchu. Sobre todas las cosas, mi madre quería conocer la ciudadela perdida de los incas. Desde allí, según mi padre, nuestro recorrido sería más tranquilo: Arequipa, Nasca, Iquitos y muchos otros lugares.

Aguas Calientes, tal vez llamado así por sus fuentes termales, me entusiasmó. Estaba situado en un estrecho valle por el que pasaba el ferrocarril. A ambos lados de la vía férrea se extendían no más de cien casas, muchas de ellas tiendas y restaurantes. Nos alojamos en el albergue. Ocupamos una habitación con dos literas. Mis padres durmieron abajo. Yo preferí trepar y estar pegado a los cristales, a través de los cuales podía ver las montañas y la selva que subía hasta las cimas, ofreciendo un espectáculo verdaderamente insólito.

El día siguiente fue tranquilo. Lo dedicamos a recorrer el pueblecito. Hicimos algunas compras. Mi madre, muy juvenil ella, eligió unos largos pendientes de plata. Mi padre y yo optamos por unos jerséis de lana de alpaca. En un tenderete callejero, un indio nos invitó a ver sus mercancías. Era un hombre alto que vestía un poncho multicolor y tenía la cabeza cubierta por un *chullo*, una especie de gorro de lana con orejeras. No era viejo, pero tenía la piel ennegrecida y cubierta por mil arrugas. Sus ojos, grandes y hermosos, brillaban de una manera especial. Observé que, mientras intentaba convencer a mi madre para que comprara alguna prenda, no dejaba de mirarme con fijeza.

Fuimos a dormir muy pronto. Yo no tenía sueño, pero mi padre dijo que el día siguiente sería muy duro. Trepé hasta mi litera. Me hubiera gustado leer el libro sobre los incas que había incluido en mi equipaje. No me atreví a encender la luz ante los ronquidos de mi padre, que tal vez soñara con el Machu Picchu que había motivado ese viaje.

A la espera del sueño, miraba a través de la ventana que daba al jardín del albergue. La noche era espléndida y la luna dejaba ver el exterior con cierta nitidez. Algunas plantas se movían. Agucé la vista y, a lo lejos, pude reconocer al indio que ese mismo día nos había vendido algunas cosas. Al verse sorprendido, desapareció entre los arbustos. Tuve miedo y bajé la persiana.

A la mañana siguiente, apenas me había dormido cuando mi padre se levantó con especial buen humor. Desayunamos casi con precipitación y, a las nueve, comenzábamos a caminar sobre las vías del tren en dirección a la estación de Machu Picchu. No llevábamos equipaje y los tres kilómetros fueron un paseo plácido en el que cruzamos dos túneles ferroviarios. A medida que avanzábamos, el valle se iba haciendo más estrecho. El río no dejaba de rugir y la selva, a cada paso, trepaba más y más por la montaña hasta alcanzar las crestas más elevadas. Tenía la sensación de que ese verdor penetrante y misterioso nos podía atrapar en cualquier instante.